

Mariano FAZIO, *Pablo VI. Gobernar desde el dolor*, México: NUN (Colección «Petrus»), 2020, 138 pp., 12,5 x 20,5, ISBN 978-607-98935-1-4.

Monseñor Mariano Fazio, vicario auxiliar del Opus Dei, catedrático de la Universidad Pontificia de la Santa Cruz y prolífico autor de más de treinta libros, escribió una biografía de san Pablo VI que se ha vuelto a editar. Esto es ya elocuente sobre la calidad y el valor del libro. En estas breves líneas explicaré por qué merece la pena leerlo.

El autor caracteriza la situación del papado de san Pablo VI como una de las más complicadas en la historia de la Iglesia. El Papa pudo percibir que, en su pontificado, se concentraba la furia de los extremos eclesiales: tanto las alas más conservadoras de la Iglesia, así como las alas más liberales. Pero el autor explica que el Papa supo mantener la serenidad, y fue capaz de llevar a buen término el Concilio Vaticano II; tarea que a otros se les habría escapado de las manos. Como dijera el historiador francés y sociólogo de la religión Émile Poulat sobre este Papa: «el hombre menos apropiado para afrontar la tormenta es el que ha hecho posible una difícil transición».

El tipo de información que este libro nos ofrece es especial por su lugar de enunciación, pues el autor conoce la realidad eclesial y pontificia desde dentro. Por edad, el autor no pudo vivir los hechos que narra, pero como historiador y sacerdote cercano a la Santa Sede aporta una visión calificada sobre el biografiado y su contexto. Es importante destacar esto porque el lugar desde el que hace sus observaciones permiten a Fazio interpretar desde otros ángulos las fuentes y las evidencias que usa. Por ejemplo, el autor se vale de las propias palabras del Papa, tanto las que escribió autobiográficamente, como las que pronunció en decretos, encíclicas, alocuciones y demás declaraciones. Nos descifra las propias palabras de san Pablo VI, y revela el sentir afligido del pontífice ante las deci-

siones que había de tomar. Sin embargo, el autor no se limita a la perspectiva particular del pontífice, sino que cuida el rigor histórico echando mano también de otras fuentes. Es el caso, por mencionar algunos, de los *Diálogos con Pablo VI*, escritos por el filósofo Jean Guitton; o los cuadernos personales de san Juan Pablo II; o el testimonio del Secretario particular de san Pablo VI, el arzobispo Pasquale Macchi.

El conocimiento profundo, de primera mano, sobre las relaciones intraeclesiales y el complejo movimiento que hay entre distintas posturas, las sabe reflejar Fazio. Así es como queda autorizado el autor para explicarnos el dolor desde el que gobernó el pontífice. Así lo escribe el autor: «Pablo VI gobernó la Iglesia desde el dolor. Asumió la carga pesada que puso sobre sus hombros el Espíritu Santo un día de junio de 1963. [...] No esquivó las responsabilidades, y enfrentó la complejidad de los problemas que se le presentaban con serenidad de ánimo, basado en su profunda fe» (p. 14).

Un primer momento que el autor nos describe a propósito de las difíciles decisiones del Papa atañe a sus propias convicciones políticas. Desde la juventud de Gian Battista Montini, la lucha existencial fue una respuesta al problema de ser un cristiano católico en una sociedad cada vez más descristianizada. Lo sufrió el joven Montini, primero, por las convicciones ideológicas del seno en el que se crió. Su padre, Giorgio Montini, militaba y participó activamente en la política, desde el Partido Popular fundado por Luigi Sturzo. Ya en edad adulta, se encuentra a Montini participando activamente en la Federación Universitaria Católica Italiana (FUCI), donde definió un posicionamiento en la Democracia Cristiana. En este momento, Montini tuvo que lidiar con el auge del fascismo. Mariano Fazio nos refleja, con

la trayectoria política del joven Montini, unos iniciales forcejeos con el dolor de ser un cristiano comprometido en la Modernidad. San Pablo VI le intimó un día a su amigo, el cardenal Maurice Roy: «una misma fe puede llevar y de hecho lleva a compromisos políticos distintos». Podemos encontrar confirmado este sentir en el magisterio social de la Iglesia, claramente en la encíclica *Centesimus Annus* de San Juan Pablo II.

Tanto en sus estudios filosóficos y teológicos, como en las tareas diplomáticas que desempeñó, Montini no dejó de sobre llevar la aflicción de ver una Iglesia confrontada al mundo secularizado. Como arzobispo de Milán, Montini vislumbró ya la radicalización de las posturas que colisionarían en el Concilio Vaticano II. Le tocaría a él, al ser elegido pontífice en medio de este acontecimiento, vivir e intentar conferir sentido a los efectos post-conciliares. En particular, el autor nos habla del dolor en las palabras de san Pablo VI a propósito del éxodo de sacerdotes, religiosos y religiosas. De haber 49.000 seminaristas en 1965, pasó a la cifra de 18.000 en 1975; las religiosas disminuyeron un 25% en ese mismo periodo y los religiosos un 30%.

Este sentimiento de quebrantamiento solo pudo ahondarse tras la encíclica *Humane Vite*, al ver también a los fieles en proceso de dividirse. Antes de esta encíclica, era, prácticamente, incuestionable la obediencia de los fieles al Magisterio. Los creyentes católicos, cuando se veían en un dilema moral, tenían solo que remitirse a las enseñanzas de la Iglesias. Tras la *Humane Vite*, surgió la posibilidad, entre los fieles, del desacato, y aun de ir en contra de las enseñanzas del Magisterio. Durante estos años, el cuestionamiento de la infalibilidad del Papa fue más patente que nunca.

No cabe duda, sin embargo, que san Pablo VI no vivió resignadamente ante estos cambios, sino que pudo participar de ellos. Cito, a propósito de los cambios que describí, unas palabras elocuentes de la *Populorum Pro-*

gressio: «Si es oficio de la jerarquía enseñar e interpretar en modo auténtico los principios morales que en este terreno hayan de seguirse, a los seglares les corresponde, por su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas o directrices, penetrar con espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de comunidades de vida» (n. 81).

El Concilio Vaticano II fue lo mejor que le pudo pasar a la Iglesia, pero esta pagó el costo del diálogo con el mundo, la pluralización social creciente y la inseguridad frente a lo nuevo. En muchos casos, «se tiró el agua sucia de la tina con todo y niño».

Así pues, el autor nos presenta en esta biografía existencial del Papa ese dolor de gobernar la Iglesia que está en el mundo sin ser del mundo. Si un lector se aproxima a este libro, verá que su autor fue fiel al sentir que san Pablo VI plasmó en su propio *Testamento*. Ahí podemos leer que el Papa confiesa morir «con confianza humilde y serena». En sus últimas palabras, pidió perdón «a cuantos haya podido ofender, o no servir, o no amar bastante». Suplicó a la Iglesia: «Que escuche las palabras que le hemos dedicado con tanto afán y amor. Sobre el Concilio: se lleve a término felizmente y trátese de cumplir sus prescripciones. Sobre el ecumenismo: continúese la tarea de acercamiento a los Hermanos separados, con mucha comprensión, mucha paciencia, y gran amor; pero sin desviarse de la auténtica doctrina católica. Sobre el mundo: no se piense que se le ayuda adoptando sus criterios, su estilo y sus gustos, sino procurando conocerlo, amándolo y sirviéndolo».

Estas últimas palabras de san Pablo VI orientan la escritura de la biografía que nos presenta monseñor Mariano Fazio. No se equivocó el autor al hacerlo, pues solo en la perspectiva final de una vida cobra su sentido más grande. Como lo dijera Borges en *El Hacedor*: «supo al fin quién era y qué era y bendijo sus amargas».

María Luisa ASPE ARMELLA